

## ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA LENGUA ESPAÑOLA, LA NOVELA Y LA TAREA DE NOVELAR

FELIPE MAILLO SALGADO  
*Universidad de Salamanca*

EL ESPAÑOL ES, ENTRE LAS LENGUAS LATINAS, lo que el arameo fue entre las lenguas semíticas. En la diacronía las dos se sitúan en una posición media de evolución, ni la primera llegó a las pérdidas fonéticas del francés, ni a sus acentuadas tendencias abstractas, ni tampoco se quedó en el estado más arcaico del rumano o del portugués, si restringimos nuestra comparación a la parte occidental del dominio románico. El arameo no alcanzó la evolución máxima del hebreo, que perdió en su transcurso evolutivo todos los fonemas enfáticos, ni su suprema artificialidad gramatical; pero tampoco guardó el carácter harto conservador del árabe —la lengua coránica ha evolucionado menos de lo que lo había hecho el asirio-babilónico mil quinientos años antes—. Por eso ambas lenguas, español y arameo, tuvieron en seguida unas potencialidades de las que las otras lenguas emparentadas carecían o poseían en menor grado.

El complejo étnico arameo, racialmente diverso pero unido por su lengua, era ya conocido de las crónicas asirias. No pasó a ser una fuerza hostil en el Próximo Oriente más que en el contexto del colapso político que se dio en el siglo XII a. C. Parece que fue un movimiento continuo y generalizado de pueblos pastores, procedentes en parte del norte de Arabia. El asentamiento arameo por tribus o familias en la región fue muy desigual, a veces se limitó a áreas periféricas de los imperios asirio y babilonio, aunque en ocasiones también lograron hacerse con el control político de ciudades-estado.

La lengua aramea perteneciente al grupo semítico noroccidental, como el hebreo y el fenicio, se convirtió en la más utilizada en Oriente hasta su desplazamiento en

beneficio del árabe a lo largo del siglo VII d. C.: el arameo fue la lengua administrativa del imperio aqueménida, la lengua hablada por Jesús, e incluso un dialecto arameo —el siríaco— fue empleado por la iglesia cristiana, como lo sigue utilizando en su liturgia la actual iglesia asiria. Hacia el siglo XII a. C. algunos grupos arameos adoptaron el alfabeto fenicio para representar por escrito su lengua. Debido a la numerosa permanencia de grupos arameos dispersos por la zona, el sistema de escritura alfabética y la propia lengua de los arameos empezaron a ser utilizados cada vez con más frecuencia por un mayor número de estados; su alfabeto y su lengua fueron desplazando a la escritura cuneiforme y al asiro-babilónico<sup>1</sup>. Y eso fue así, porque tenía algo que lo hacía fácil y transmisible en mayor medida que el resto de las lenguas semíticas. (Cualquier estudiante de hebreo y arameo sabe que este segundo idioma se aprende con menor dificultad).

El español, por su parte, se extendió por razones históricas no de todos tan conocidas; pues aunque se piense que fue fruto de la expansión del imperio español —más interesado en crear una comunidad católica que en una comunidad lingüística— fue obra, más bien, de las clases gobernantes independientes, necesitadas de un idioma que garantizara la comunicación entre un maremagnum de lenguas indígenas, amén de la venida de emigrantes de países diversos, lo que le dio hablantes al español. Según la *Britannica World Data*, en 2030 el español tendrá 535 millones de hablantes natos, el 7,3% de la población mundial<sup>2</sup>. Ahora bien, este idioma se expande asimismo por su connatural sencillez (es más fácil, por ejemplo, hablar con cinco vocales netamente diferenciadas, que con las diez que de hecho tiene el portugués por su nasalización), pero igualmente le ayuda su mayor perfección y simplicidad fonética, así como su cohesión, a pesar de la vastedad de su dominio —en cambio no pocas novelas portuguesas tienen que ser «traducidas» al brasilero—. En suma, el español se difunde también por sus virtualidades.

Ninguna lengua, en rigor, es fácil; pero unas se dejan manejar con unas cuantas palabras y otras no, por su complicada estructura y variedad fonemática. El arameo aun siendo una lengua antiquísima, sometida a múltiples presiones de todo orden durante siglos, todavía se habla en algunos sitios. Y el español, pese a quien pese y a las legislaciones adversas y restrictivas puestas a punto en algún país (en Estados Unidos, ante la «amenaza» del español, 27 de los 50 estados han declarado el inglés como idioma oficial<sup>3</sup>), seguirá desparramándose por diversas causas, sobre todo extralingüísticas, además de las puramente lingüísticas. No es

<sup>1</sup> KUTNER, A. 2001, *El Oriente Próximo en la Antigüedad, c. 3000-330 a. C.*, Barcelona: Crítica, t. 2, pp. 25 y 33-34.

<sup>2</sup> LUDARTE, J. R. 2009, *El porvenir del español*, Madrid: Taurus, pp. 29, 41, 127 y 131.

<sup>3</sup> Si los datos del censo son correctos, en menos de cincuenta años casi 100 millones de latinos en Estados Unidos hablarán español. RAMOS, J., 2004, *La ola latina*, New York: Harper Collins Publishers, p. 117.

descabellado pensar que Estados Unidos se convierta en el primer país hispanohablante del mundo hacia 2050.

El filósofo Ludwig Wittgenstein, bajo cuya influencia la teoría del conocimiento se vio subordinada al análisis del significado, decía: «Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo». Vivimos, en efecto, instalados en nuestra lengua, que nos sirve no sólo para expresar nuestra identidad e intimidad personales, sino también para referirnos a todo lo que nos rodea, relacionarnos en sociedad e, incluso, para hacer arte. Siempre me he considerado afortunado por tener el español como medio de expresión y, orgulloso en el fondo, de que no sea la lengua de uno de esos pueblos de historia provinciana. El español es una de las pocas lenguas internacionales que hoy existen y, por ende, una de las más importantes del mundo. Es en la actualidad, según el *Diccionario Espasa de las Lenguas* (ed. 2002), un idioma hablado por más de 400 millones de personas que lo tienen como lengua vernácula, y por otros 385 millones más que lo emplean como lengua vehicular para entenderse por el anchuroso mundo. Para hacerse una idea del peso de la lengua en el producto interior bruto (PIB) de nuestro país, esto es, todo lo que aquí se produce más los servicios; baste decir que alcanza en torno al 15%, mientras que el turismo, pese a ser España la segunda potencia mundial en tal industria, sólo alcanza ya el 11% del PIB que genera la nación. Sintámonos, pues, contentos de relacionarnos con los seres y las cosas mediante nuestra lengua, una de las más ricas, expresivas y pujantes de la civilización occidental<sup>4</sup>.

Con su doble teclado de sinónimos perfectos (provenientes del latín y del árabe) junto con el inglés (gracias a las palabras de origen francés y sajón que contiene), posee al por mayor este recurso —ni de cerca el catalán o el portugués poseen la cantidad ingente de arabismos que tiene el español, mucho más tiempo relacionado con el árabe por motivos de índole geográfica e histórica. (Granada, sin considerar el largo periodo morisco, continuó como estado arabófono doscientos años más, después de que los portugueses hubieran acabado la conquista de lo que habría de ser su tierra). Pero también contamos con la rara distribución de los verbos *ser* y *estar* que separan lo metafísico de lo contingente, al decir de Borges, así como la envidiable movilidad de los adjetivos y esa construcción tan flexible de la frase... Es una delicia disponer de un útil tan magnífico para escribir y hacer literatura.

Umbral mantiene que «la literatura es escribir como no escribe nadie, ni mejor ni peor, sino distinto. Tener una visión personal del mundo y una manera

<sup>4</sup> El investigador británico GRADYOT, D. (2004, «The Future of Languages», *Science*, 303: 1329-1331) calcula que en el año 2050 el español estará ya casi a la altura del inglés, ambas lenguas serán habladas cada una por cerca del 6% de la población mundial. Según dichos cálculos, por entonces la primera lengua más hablada será el chino; la segunda, el complejo hindi/urdu; el tercer puesto será del inglés seguido de cerca por el español; el quinto puesto, en fin, lo ocupará la lengua árabe.

personal de expresarlo. Esta definición casa con la que pudiera ser la primera función del arte: asombrar, enriquecer y renovar al hombre con lo desconocido. La literatura es expresión de nuestra necesidad de conocimiento, a la vez que educadora de nuestros sentimientos. Nos enseña a reflexionar sobre nosotros mismos y a observar a los demás; puesto que podemos ver el interior vedado de los otros. Aprendemos lo que no es posible hallar en otra parte, merced a la sucesión de acontecimientos que no suelen ser lineales ni previsibles. Nada mejor entonces que la literatura para sumirnos en otros mundos. Y esa es la propuesta de la novela que ciertos autores tratan de escribir, guiándose siempre por un conocido precepto básico, el mismo que Henry James (1843-1916), aquel americano nacionalizado inglés, imponía a la novela: contar algo interesante, con la pequeña exigencia de que los elementos de la historia estén razonablemente ensamblados en la estructura narrativa.

Pero claro, como el conocimiento creativo no es ni puede ser acumulativo, hasta el autor más avezado debe comenzar cada novela como la primera vez que se puso a escribir intentando hacer literatura, o sea, empezando de cero. No voy a hablar de la prueba que eso significa. Se ha dicho hasta la saciedad que escribir es la disciplina más larga y dolorosa a la que un hombre puede estar sometido. Lo grave es que tal nimiedad, si no se dosifica, puede destruir la salud de cualquiera. Dedicarse a escribir no es una actividad normal, las personas normales no se ligan a escribir de forma continuada. Un enorme porcentaje de gente es ágrafa.

El individuo que escribe con la intención de crear algo, de hacer en definitiva que algo valioso inexistente exista, se caracteriza por vivir en el lenguaje, ya que el pensamiento creador es indisoluble del idioma propio, y por la voluntad de no repetir lo realizado anteriormente. A no pocos novelistas que han sido capaces de escribir una primera novela, les suele ocurrir que se hundan en la segunda. La mayoría de las veces ni cambian la forma de narrar, ni la estructura del relato; sencillamente copian lo ya hecho. Hay tantos a los que les ha pasado esto, que no vale la pena citar nombres. En lo que a mí concierne, sé que si uno no renueva la forma de narrar, la estructura de la historia e incluso, si llega el caso, hasta el estilo, se puede despedir de la creación. Siempre me ha preocupado encontrar el equilibrio entre la expresión y la narración, a fin de que la prosa, cuya razón de ser es la eficacia, no detuviera la narración, ni ésta se volviera loca. Procedo en todas las historias bastante pegado al realismo —no al naturalismo, esa copia grosera de la realidad— pues, a más de ser inagotable, cualquier fantasía que no tenga cierto anclaje en la realidad o en conflictos interiores no se la cree nadie. Sin desdeñar por eso pequeñas dosis de lirismo; porque creo que la demasiada razón atrofia la espontaneidad, lo instintivo. Se lo oí decir a Egido, uno de nuestros mejores novelistas hoy, que «el arte y la literatura se dirigen a nuestra inconsciencia, casi a la irracionalidad, donde se gesta el placer humano». Desecho, eso sí, el virtuosismo formal que a menudo impide

acceder a lo vivo. J. Pla no se equivoca cuando dice: «el lenguaje hermético es un lenguaje separado, y su autor quedará en un total y merecido olvido».

Pero, como la creación literaria está determinada por quien la realiza, por su estado interior a la hora de escribir, ha de notarse desde la primera línea, quién es el autor de tal o cual novela por el tono (siempre que se haya leído anteriormente algo del mismo autor); por la manera de contar, más que por lo que cuenta. El entusiasmo que se pone al escribir la historia es lo que da fuerza a la narración. Si a un libro le falta el tono, por muy valioso que sea, al lector le dirá muy poco. Por eso, en la creación no sirve de mucho la cultura, lo que vale es el instinto, la intuición. A ello se añade la obligatoriedad de hacer algo distinto a lo ya hecho, dándole diferente estructura, cosa esta no esencial para A. Christie o G. Simenon, por ejemplo; toda vez que al dedicarse a la novela de misterio les bastaba con variar los detalles sin tener necesidad de tocar la estructura. Para mí sin embargo, hoy por hoy, es condición insoslayable; así como emplear fórmulas narrativas diversas, valiéndome de un estilo que pretende ser fácil, bastante rápido, contundente, a las veces exaltado. En realidad las páginas carentes de pasión, ni me sirven, ni me interesan. Escribo siempre con el talante de ajustar cuentas.

Un verdadero novelista no puede inhibirse del reto de la renovación formal, de hacer frente a dificultades narrativas nuevas. Si no está dispuesto a realizar esfuerzos en ese sentido es mejor que se dedique a otra cosa. Es justo en esa dificultad donde se modela la auténtica creación. No debe creerse, sin embargo, que para escribir una novela basta el trabajo y el tesón; pues por mucha voluntad que se ponga o por muchas técnicas que se conozcan, si no se lleva algo dentro, no basta. Ya sabemos que contar es un impulso humano —y más en nuestro tiempo, en el que se multiplican los autores en proporción inversa al número de lectores—. También se ha dicho que tener una buena historia es tener la mitad de una novela. Pero de ahí a considerar cualquier escrito literatura, media un abismo.

Cuando, en mi caso, intento novelar, hablo de lo que conozco, de mares, de selvas y de sus gentes. Mi suerte fue vivir en esos lugares muchos años. Nadie puede contar de forma creíble una historia sin conocer de lo que habla en profundidad, le faltará fuerza y poder de convicción. Mi literatura, es obvio, se nutre de la vida. Mas, aun si ella estuviera hecha de recuerdos, es tal el grado de realidad imaginaria que éstos adquieren en la memoria, que sólo pueden emerger en forma de ficción. Eso sí, las historias que narro no están al alcance de los que enseguida eligieron o consiguieron ganar quinientos euros por semana. Las comodidades y la aventura son incompatibles. Pero que conste que ningún hombre es un paria por gusto, sino porque la vida le obliga a serlo; a nadie le agrada pasar hambre o vivir en la miseria.

Así pues, como soy de los convencidos de que la verdadera literatura surge de la propia experiencia vital, recorro a ella para transmitir mejor la emoción o la vivencia, sin atenerme a dogmas. Sólo el artista dudoso, decía Ciorán, arranca del arte, el artista verdadero saca su materia de otro sitio, las fuentes de inspi-

ración se hallan en sus vergüenzas, y quien las eluda está condenado al plagio o a la crítica. Fue precisamente su reticencia respecto a la intimidación lo que le impidió a J. Pla ser una gran escritor europeo, según afirma G. Ferrater, sin que por ello, creo, haya dejado de ser uno de los grandes prosistas españoles del siglo xx, tanto en catalán como... en español, si no el más grande de todos. Pero, por más que uno se tope con cosas vividas y se aproveche de ellas, uno no cesa de dudar de sus propias capacidades de escritor. Escribir no es una cosa simple, el *Quijote* ya lo advierte: «En efecto, lo que yo alcanzo, señor Bachiller, es que para componer historias y libros, de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y maduro entendimiento». La novela auténtica es un acto de creación y, como tal, recrea un universo falso que ilumina y acaso modifica la realidad. De ahí que no pueda tener fuerza narrativa «una historia verdadera cubierta con la hojarasca fortuita de la fantasía». Porque la ficción representa posibilidades de lo real, no refiere las cosas como fueron o son, sino como podrían ser o haber sido. Esa es la mejor garantía de la voluntad creadora; ficción, en última instancia, reveladora del imaginario de un individuo que es capaz de transformar su percepción del mundo en lenguaje (A. Caballé).

Aun así, y paradójicamente, en literatura hay que decir siempre la verdad. El adagio aristotélico recomendaba buscar la verdad en la poesía —o sea, en la literatura— y en el mito, no en la historia (pues «todo lo que se escribe y se dice acerca de la historia es falso en parte, incompleto siempre y, a menudo, amañado»). Verdad que es mejor expresar con palabras familiares, Voltaire solía repetirlo. Por eso no me interesan los preciosismos, que no pocas veces son síntoma de esterilidad de ideas. Las metáforas que gustan a una generación pueden volverse opacas a la siguiente. Procuro que mi prosa sea entendible, en un estilo vivo que puede rozar la incorrección incluso, tratando de evitar los tópicos y también los lugares poco comunes. Mi objetivo es comunicar emociones y sentimientos, y para eso hay que tener pocas inhibiciones, si se suprimieran las insolencias que un texto puede contener se vaciaría de sustancia. El erotismo, por ejemplo, es consustancial con la literatura; la maldad, esencial para el desarrollo de casi todas las narraciones... Parafraseando a E. Jelinek, no cabe duda de que la literatura contribuye a esclarecer las cosas o a deformarlas mediante la sátira o el esperpento para que así resulten más reconocibles. Para ello, cada autor desarrolla su propio estilo.

Sé que siempre habrá alguien que eche en falta en una novela lo que la novela no pretende. Para aquellos que piden compromiso les digo que las novelas no tienen por qué tenerlo; pero toda literatura que incorpora vida es una literatura comprometida. En lo concerniente a mis novelas, por ejemplo, algunos no irán más allá de mi «notorio mal gusto por las descripciones escatológicas y deprimentes», reprochándome el no dedicarme a tareas más nobles. A esos les advierto que «la mierda escrita no huele» (R. Barthes) y que quizás en mis novelas haya algo más. Se olvidan de que en literatura las palabras vulgares se dignifican cuando se integran con naturalidad en lo narrado. En todo caso no puedo

moderar mi escritura para complacer a gente *biempensante* o malpensada. Otros, en fin, se preguntarán por qué me empecino en crear personajes amorales. Dejo aquí a I. Murdoch que conteste:

El héroe malo es múltiple, divertido, extremo; mientras el hombre bueno es tranquilo y siempre el mismo (aburridísimo, diría yo)... el artista no puede representar ni encomiar lo bueno, sino sólo lo demoníaco, lo fantástico y lo extremo; mientras que la verdad es tranquila, sobria y limitada; el arte es soltería, en el mejor de los casos una mimesis irónica, cuya falsa veracidad es un astuto enemigo de la virtud.

Todo hombre que escribe es un solitario, que, desde una voluntaria marginación, se dirige a un lector asimismo solitario. Para que su obra sea válida y llegue, debe obedecer a una necesidad interna que dicta su forma y su tono. Sin otras preocupaciones, el autor debe mantenerse frío e independiente de la acogida que el público pueda hacer de su obra.

Aquel que trabaja en función del éxito, esforzándose en responder a la demanda que cree detectar en la sociedad, ese artista alcanzará éxito sin duda, pero no creará nada importante, durante un tiempo todo el mundo tarareará su canción o leerá su novela. Después la canción y la novela se disiparán en el olvido. (M. Tourmier)

No puedo sino estar de acuerdo con lo que dice este escritor. Mis novelas suelen ser duras con ribetes intimistas, de ellas se desprende una ética diferente: la del aventurero real, que es un ser amoral. Justamente, la inconsistencia de la literatura de viajes francesa se debe a la ausencia de ese componente, «le falta esa ética especial producida por la amoralidad».

Todo autor espera, no obstante, que su novela caiga en manos de alguien que se sienta identificado con lo que se cuenta en la historia, a fin de que no falte la experiencia inmediata del otro, al menos de forma intermitente, en esa recreación particular y única que de ella hace cada lector. Como quiera que sea, uno nunca sabe para quién escribe y... eso es lo interesante.

No espero como autor recompensa ni reconocimiento social alguno, ya he dejado de ser joven. ¿Puede existir peor desgracia para un escritor que la consagración? En adelante sólo le quedará posteridad, alguien lo ha dicho. El fracaso o el no reconocimiento para el hombre de temple es el mejor acicate para progresar. En todo caso, me conformo con decir verdades prohibidas para aquellos otros sujetos a las imposiciones mercantiles y a lo políticamente correcto. No hay obra que salga mejorada por muchos compromisos cívicos que sustente o por sus intereses políticos. La novela es un universo que funciona sin ninguna relación con la moral. No persigo tampoco póstumas famas. ¿Cuántas novelas hay que se hayan leído en todo tiempo? ¿Diez? ¿Veinte? Se necesitaría ser un genio para alcanzar hoy ese Olimpo. Me queda, sin embargo, la satisfacción de decir lo que quiero y de haberme resistido a reconocer mi absoluta nulidad. No es poco.